

Caucho

Es imposible distinguir un hilo blanco de uno negro. Ha caído la noche. En el museo esotérico de Lieja, el vigilante y algo más, despiertan. El vigilante en su habitáculo, con un ojo abierto y otro cerrado, mira las pantallas de las cámaras de seguridad, y cree percibir un movimiento en la sala de la bicicleta.

La placa explicativa de la vitrina dice así: *“Bicicleta de 1891, regalo de un virrey congoleño al rey Leopoldo II de Bélgica...”*

El vigilante, se ha visto tentado muchas noches de entrar en la sala de la bicicleta. Las instrucciones son tan claras al respecto, como incomprensibles. Hasta hoy, ha obedecido; hoy no. En su mesa tiene la ingrata carta de despido, y además, allí dentro, algo se ha movido.

La placa de la vitrina sigue: *“...Es una bicicleta de época. La rueda delantera algo mayor que la trasera y ya con transmisión por cadena. Es de las primeras en tener neumáticos de caucho puro, blancos, sin teñir. El cuadro es de cobre y las empuñaduras del manillar de marfil. Destaca asimismo la piel del asiento, de leopardo...”*

El vigilante marca la clave de acceso y entra en la sala dejando tras él la puerta abierta. Allí dentro no hay nadie. Dentro de una acorazada vitrina de acero y cristal, la bicicleta. El vigilante la mira, con el detenimiento de quien no tiene prisa. Las ruedas blancas, los destellos anaranjados del cuadro y los extraños dibujos geométricos de las manetas del manillar. Entonces, por el rabillo del ojo, percibe un ligero temblor.

Y sigue la placa: *“...Según la leyenda, la bicicleta esta maldita por una maldición congoleña. Su leyenda negra habla de locura, suicidios y tragedias para aquellos que estuvieron cerca de ella. Por ello, en su momento, se construyó la vitrina de acero y grueso cristal donde hoy podemos verla...”*

Percibe el vigilante un ligero temblor en el caucho de una rueda. Es un movimiento tan... insignificante, sin entidad. Sin embargo, esta rara palpitación, al no haber en el

cajón de la realidad ordinaria, lo agrieta primero, lo rasga después y por último, lo revienta, como el agua a una presa. Por lo tanto, el vigilante percibe el movimiento, pero su razón, aún intacta, se agarra a la realidad como a un clavo ardiendo e intenta explicar porqué demonios late el caucho de esa rueda. La razón se rasga, cuando lo que hasta ahora era un temblor en el caucho blanco de la rueda, muda ahora, en una serpiente blanca. No, no en una, no, en cientos de ellas. Reptan viscosas, unas sobre otras, se entrelazan y caen al suelo de la vitrina, anegándola. Aunque la locura ya está a las puertas, la razón aún no se rinde; necesita explicar lo inexplicable: “Es una plaga”; “¿Cómo han entrado ahí?” e incluso intenta tomar decisiones: “Que no salgan”. Frente a los ojos del vigilante las serpientes blancas llenan la urna y, ¡oh Dios! , ya no son serpientes, ahora son brazos cortados, cientos. Se oyen gemidos, llantos y gritos, y sobre ellos, un grito aún más fuerte, que ya el vigilante no reconoce como suyo. Las heridas en los brazos sangran caucho blanco.

El vigilante, al borde de la locura, se agazapa en una esquina, lo más lejos que puede de aquello, desenfundando el revólver y dispara, dispara y dispara. Los cristales de la urna revientan, los brazos cortados reptantes mutan en serpientes de nuevo y buscan la noche tras la puerta abierta.

La placa termina así: “...Cuando definitivamente se sustituyeron las ruedas de madera o metal por las de caucho, varios países europeos se lanzaron a la búsqueda de este material. Leopoldo II de Bélgica se apropió del Congo y exigió a los congoleños tributo en caucho y marfil. Los belgas esclavizaron a la población, mutilaron a miles de ellos y su régimen fue responsable de la muerte de millones de congoleños. Aunque para entonces la esclavitud ya era ilegal el rey Leopoldo aisló el Congo de la comunidad internacional de tal manera, que el país terminó convertido en una terrible factoría ilegal de ruedas para bicicletas”.